



FOTOGRAFIAR OTRAS MEMORIAS

'IslaMundi' se puede visitar en San Antonio Abad hasta el 20 de noviembre

♦ Por Javier Cabrera

IslaMundi, la propuesta fotográfica que muestra Tato Gonçalves (Sala San Antonio Abad, vinculada al CAAM), deslinda un argumentario que se antoja más que común en la memoria que estas islas, este pueblo, ha forjado como parte de su devenir en el trasiego de su ida y vuelta -exilio y odisea-, y de llegada o retorno, asimismo, de otros que han hecho de sus trayectos parte misma repetida, solapada, a la que en tiempos alternos tocó vivir, gozar o padecer a los propios isleños. Es, por tanto, memoria común lo que el fotógrafo resuelve y muestra como consecuente catarsis de su propio estado.

En los rostros que la componen se vaticina, o casi, que sus miradas se abren al espacio al que han decidido pertenecer; se prolongan bajo la luz en la que han querido delimitarse, y se reconocen tras pasados del ámbito por el que han determinado esclarecerse; y cuando no, o casi, el desatino sobreviene por el tremor interno del que sólo puede zafarse cada cual según su asunción del pálpito. Los que llegaron y están, seres de esta latitud por decisión propia, argumentan desde sus rostros la memoria gozosa de cada estado y, al tiempo, un rumor sentido por los que nunca estuvieron.

Para que esta conjetura encajase, toda parte de ese azar se debe al encuadre que el fotógrafo dilucida: Tato Gonçalves ilumina, como emblema de su discurso, un asunto que denota el estado discernible que sobrepasa la mera foto de tono antropológico o etnográfico, de datación humana a considerar. Fundado en el retrato la ocupación de su obra seriada se ve trascendida de otra materia que el simple retrato no compendia y que constituye -tono íntimo que todas las instantáneas pulsanel engranaje que evidencia su corporeidad: el fotógrafo traza así un mapamundi de comunión y no de diferencias, de distinción y nunca de mera catalogación.

Son éstos, rostros que han prolongado en sí el hito milenar de la trashumanía, para el caso en un punto mínimo en mitad del mar. Su arribo hasta él vaticina mil senderos entrecruzados que por suerte han acabado por concluir en esta Isla. Tras ellos uno imagina una catarata de sueños e incertidumbres, de desazones o regocijos, incluso de desesperación, a los que anteponiendo el encono han logrado establecer el punto acabado para un lugar. Esta es gente, que asaltando este sitio, al cabo ha construido desde su memoria el lugar como pertenencia: estado de cercanía.

Será a través del no color -la serie se desarrolla en negro- donde el fotógrafo delimita la calidad de proximidad que la obra reclama. De ahí que estas fotos gocen de más de una mirada, partiendo de la percepción de que ninguna de ellas ambiciona la lectura única o unidireccional. Todas las obras comparten el halo enigmático por el cual el color salta a la vista arrobando al espectador y convoca su ánimo tras la pupila de cada retratado. Una propuesta concebida a color habría difuminado -aventuro- su unidad: el es-



Autorretrato de Tato Gonçalves en su exposición.

tado de pertenencia que cada instantánea goza en su vínculo con las otras.

Se concreta por tanto que esta es gente ya nuestra, ninguna diferencia les aparta de los que nativos les antecedieron, ninguna igualdad tampoco: están porque son. Pero, con todo, su viaje de llegada y estancia final rememora y planea sobre otros tantos miles de viajes en los que la naturaleza del mismo no concluyó propicia. Habrá que reconocer que, aun con todo lo hermoso, estos forman parte de la disgregación que la emigración produce. Que un ser humano sueñe, pondere y lleve a realidad la libertad de elegir el lugar en donde desea vivir y saberse, es la grandeza aquí sostenida.

Imagino al fotógrafo realizando mentalmente, emocionalmente, todos y cada uno de los trayectos que los retratados han concluido. Abandonando con el otro, en su correlato, el lugar de origen y apresurándose para recibirlo, y dejar constancia de ello en su trabajo, en el lugar de arribo. El fotógrafo ha sido no sólo anotador del estado visual final de cada instantánea, sino que ha procesado, se ha maravillado o afligido con cada memoria sugerida tras el gesto congelado de todos los rostros: en la animosidad que se adivina en cada transpiración late, asimismo, parte de la pulsión del fotógrafo.

Pero también habrá de tenerse en cuenta que buena parte de ese sueño nunca llega a realizarse. Desde esa conmiseración fija el fotógrafo su enfoque y establece, a través de la celebración gozosa de los retratados, el reconocimiento del otro allí donde quiera que esté, sea o repose. Los que nunca arribaron, a los que las mareas derivaron o a los que la ventisca montaraz arrasara, gozan, a tra-

vés de las miradas multitudinarias que los retratados impresionan y contagian, de la sonoridad comunal que radica en todos. Esta es igualmente su memoria denotada y a ellos finalmente el autor rememora.

En otras ocasiones

No es nueva la mirada sobre el tema evidentemente, otros fotógrafos ya lo han tratado en diversas latitudes, desde otras perspectivas, incluso en estas mismas islas. Constatar aquí los trabajos sobre la temática desarrollados por Juan Medina o Viviana Adonaylo que, curioso, desde su condición de también llegados -ambos fotógrafos son argentinos y afincados, en Fuerteventura uno y en Tenerife la otra-, lo han plasmado de manera versal, datando el reverso, la dimensión desmedida que el drama genera: con brutal proximidad uno y revelando el rastro escabroso la otra. No es esa la decantación que Tato Gonçalves genera de la circunstancia, apegado a una visión más esperanzada y con animosidad gozosa, conforma una modulación diferenciada.

Sí transita esa órbita el también arribado Luigi Bataglini -fotógrafo italiano que trabaja en Lanzarote- quien, en una mirada convergente, configura su serie: Canarias de última generación, donde trae hasta su objetivo a los nuevos isleños que nacidos de inmigrantes ya miran con impronta insular. En consecuencia, se revela que la galería de retratos que propone Tato Gonçalves configura un acercamiento a cada fotografiado de manera sentida -buena parte de ellos están tomados en su entorno; en estudio, más por acatamiento plástico, algunos-, fijados con naturalidad cómplice, desposeí-

dos de todo empalago de trascendencia, donde el fotógrafo no busca la circunstancia del objeto a retratar sino que halla la esencia de cada ser humano.

Un friso

El fotógrafo ha creado un friso en el cual se fijan los que responden por los otros pues, al margen de acertar a verse en sí mismos, saben de aquéllos y en esa condición se reconocen y se afirman. Y se infiere, de inmediato, una inflexión radial en el ojo que lo aprecia, dando por cierto que todos aquellos distintos a los que la cámara del autor ha convocado abundan en la suntuosidad humana que nos acompaña, necesitada a veces de reclamos como este para adivinar que bajo la realidad genérica palpitan otras mil certezas más incrustadas en ella.

La materia retratada se conjuga unitaria en tanto que todos los mostrados contienen una consideración común y esencial: hacer de esta Isla su lugar. IslaMundi retoma el predicando del poeta cubano Eliseo Diego -otro isleño-, quien en su poema titulado *Mirando*, no es casual, expresa: (...) / Todo / el universo en unas pocas calles / de donde nunca vuelves / ni te vas. / Miras, / y se alza en torno el Paraíso. Esta vez quien nos exhorta es el fotógrafo Tato Gonçalves y desde esa percepción recrea el regocijo que el *paraíso* interpreta en las miradas contenidas en *IslaMundi*.

Javier Cabrera es autor y curador independiente de exposiciones. *IslaMundi* se puede visitar en San Antonio Abad, en la capital grancanaria, hasta el próximo sábado, 20 de noviembre.